

cuando viene la crecida, todo el camino se levanta de un extremo á otro, sin modificarse, y se cambia en balsa flotante, y conforme ha subido, con el descenso de las aguas, baja y se fija nuevamente en el suelo. En cuanto á sus muertos, los Uaraun, repugnándoles enterrarlos en el fango, los envuelven en una espesa capa de arcilla y les suspenden en las ramas de los árboles, cerca de sus cabañas, ó los atan á sus barcos y los pasean por el río. En pocas horas quedan los cadáveres perfectamente disecados por los peces, y los restos de los padres se depositan piadosamente en cestos funerarios.

Hasta en la Europa civilizada, en medio de poblaciones urbanas, perfectamente acomodadas á las prácticas modernas, se han mantenido costumbres extrañas, impuestas en otro tiempo por el medio y justificadas, además, por las condiciones locales, aunque muy modificadas por los cambios generales que introduce la civilización. De ese modo, en la vecindad misma de la poderosa Hamburgo, el primer puerto comercial de Alemania y del continente de Europa, se ve á los jardineros y otros labradores de las tierras bajas ribereñas del Elba, atravesar aún la campiña empinados en zancos. En el este de la isla Noirmontier, hay salineros que viven á la orilla de los canales de las salinas, en chozas que construyen con barro mezclado con pedacitos de cañas, que recubren después con juncos y capas de barro para resistir el viento del mar. Aquellos habitantes no pueden caminar en la llanura sino sirviéndose de largas perchas que les permiten salvar los canales de un salto.

Respecto de los Lamusquets ó Landescots de Gascuña, en la proximidad de los lagos que bordean el litoral, ofrecen, andando, un espectáculo único en el mundo, dada la altura de sus zancos, algunos de más de dos metros. En aquellas praderas llenas de charcos sin profundidad, les hubiera sido imposible seguir sus rebaños de carneros si no hubieran añadido á sus piernas aquellos esbeltos zancos. Cuando se ve por primera vez un grupo de esos zancudos de las Landas, se siente una emoción extraña como á la vista de un prodigio. Vestidos con pieles de carnero, de oveja de lana raída por el tiempo, pasan gravemente haciendo media ó retorciendo hilo sobre los matorrales de helechos y juncos, como si fueran magos que tuvieran el poder de deslizarse sobre los tallos de las plantas sin doblarlas, y mientras el espectador queda casi sumergido en la maleza; ellos, por el contrario, parecen andar en pleno cielo sobre

los bordes del horizonte. Y parecen tanto más extraños cuanto más de cerca se les ve; porque, á pesar del razonamiento, la vista, lógica á su manera, no puede menos de tomar los zancos por verdaderas prolongaciones de las piernas, y las que parecen rodillas se doblan hacia atrás y no hacia adelante, como en los otros mortales. El gran bastón que los Lamusquets manejan con gran destreza, y que en ocasiones les sirve de balancín, de brazo ó de sostén, contribuye á la extrañeza de su aspecto: diríase que son gigantescas langostas. En algunos distritos aun no transformados en bosques por las plantaciones, todos los habitantes usan los zancos: hasta los niños no temen aventurarse sobre los zancos paternos, y con frecuencia véanse mujeres andando sobre la maleza, casi siempre vestidas de negro, que parecen grandes cuervos subidos sobre ramas secas.

La montaña es, entre los distintos medios que presenta la Tierra, uno de los que, por su conjunto de condiciones físicas, determina, con la mayor fuerza en sus habitantes, un carácter particular, hábitos y costumbres propias de singular y notable originalidad. Esos montes, levantados como murallas sobre las llanuras, contrastan bruscamente con los desiertos y las estepas que invitan al hombre al libre curso, al cambio de lugar en un espacio ilimitado. El mundo parece completamente cerrado por esos bruscos muros, y, frecuentemente, en efecto, el límite es tan preciso que parece marcado por las cortaduras de las rocas que forman la raíz de la montaña. Las poblaciones se aglomeran en su base, numerosas, activas, llenas de vida, como las aguas de un lago que baten el pie de los acantilados; pero más lejos, inmediatamente encima, comienzan las asperezas pedregosas, los espacios desnudos y desiguales evitados por el hombre.

Pero la presión de las poblaciones en busca de alimento hace penetrar en muchos sitios enjambres sociales por las puertas de sus muros, y aquellas regiones, en apariencia inaccesibles, se pueblan en las extensiones favorables á la estancia de los colonos.

Los países montañosos encierran, ocultos por los muros exteriores, espacios perfectamente limitados, mundos aparte bien distintos, que son bastante amplios y provistos de recursos para subvenir á las necesidades de una gran población, y destinados, por su mismo aislamiento, á



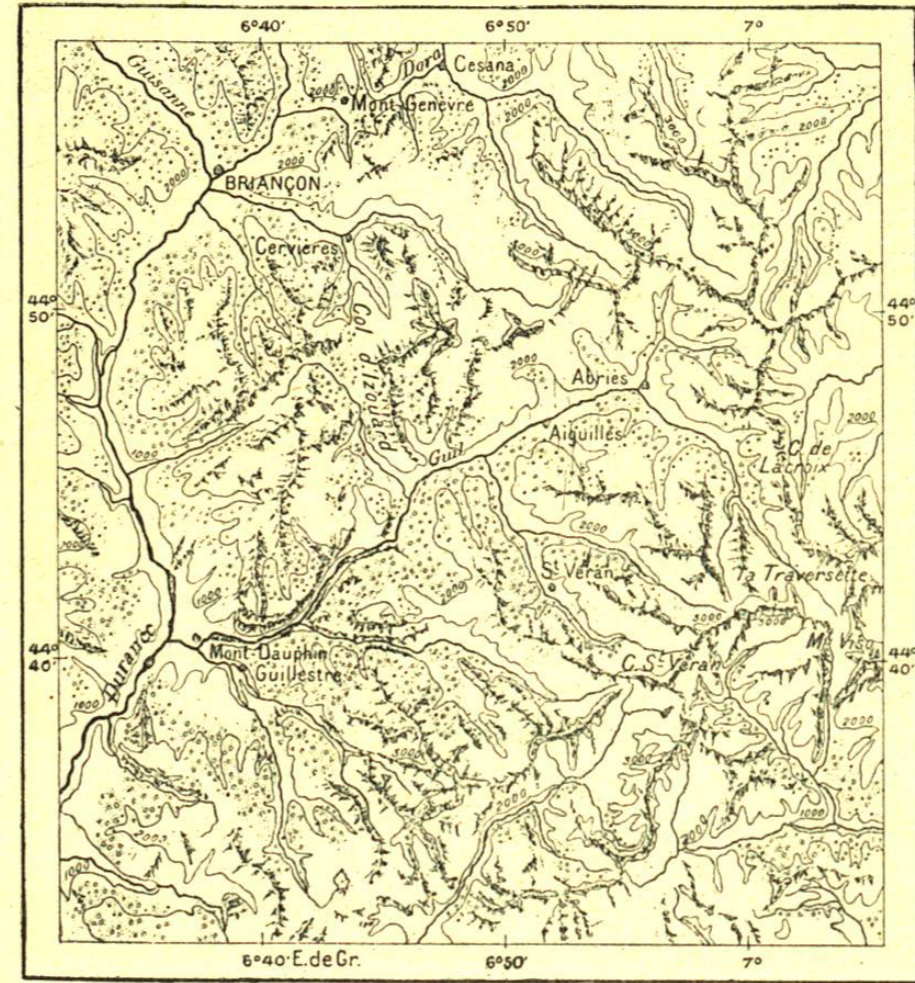


ENTRADA DEL VALLE QUEYRAS

ser cuna de una civilización particular. Así se constituyeron en el Nuevo Mundo los conjuntos étnicos claramente determinados de los Nahuatl mejicanos, de los Muyscas, los Quichúas y de los Aymaras. Diversos valles, rodeados de soberbio anfiteatro de montes nevados que les vierten abundantes aguas, son otros tantos jardines: tal es el maravilloso valle de Kachmir, con sus grandes lagos, sus praderas apenas emergidas. La misma Suiza, en una mitad de su extensión, es una banda de pra-

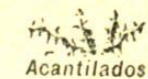
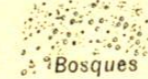
deras y de campiñas arboladas, que el múltiple muro del Jura oculta al noroeste y transforma en un valle interior.

N.º 10. Valle Queyras



Fateisson-Toussaint, Bruxelles.

Curvas de nivel de 1000, 2000 y 3000 metros



1 : 400 000  
0 5 10 15 20 25 Kil.

Pero si los pliegues de las montañas encierran vastas comarcas habitables, dando asilo a naciones compuestas de millones de hombres, la mayor parte de las altas regiones ocultan sus habitantes en estrechos



valles, fondos cerrados que rodean rocas, y que ordinariamente, entre breñas grises, sólo se ve un pobre tapiz de verdura, manchado frecuentemente de piedras rodadas y á veces amenazado de rocas pendientes.

Estas prisiones comunican muy difícilmente con el resto del mundo, y hasta en muchas regiones montañosas, su centro natural de atracción se halla, no sobre su vertiente más inclinada, sino sobre la vertiente opuesta, en una cuenca fluvial diferente. De este lado, sólo facilitan el paso umbrales accesibles por pendientes herbosas, que recorren los rebaños, mientras que del lado por donde corren las aguas, la única salida es una estrecha y peligrosa fisura, y el viajero suele preferir el riesgo del escalo de rocas enormes á meterse en aquella garganta, donde las aguas descienden en cascadas, alternando con profundos estanques entre paredes abruptas. Así, antes de la construcción del camino moderno, costosamente abierto á través de las rocas que dominan el Guil, el *nant* furioso del valle Queyras, este hoyo estaba unido al mundo por la garganta de Isoard, que se abre al norte hacia Briançon.

De tal modo son difíciles los pasajes, que se les da, en los Alpes de la Francia meridional, el nombre de *clus* ó *cluses*, atestiguando que son verdaderos hoyos sin comunicación con el mundo exterior: hay que apriionarse ó escoger otro camino de salida. Todo mapa detallado de las montañas muestra á centenares Valles del Infierno, Fines del Mundo, Valchiusas, Vaucluses, Klemmes, Klissuras, conteniendo cada uno su pequeña humanidad perdida, su lugar de asilo para algunas familias, enclaustradas en un estrecho recinto de rocas y de nieves.

Si las cabañas están cerradas, los hombres y las ideas lo están también<sup>1</sup>. Reducidos á sus solos recursos, muy escasos, las poblaciones aisladas de esos *vaucluses*, ó valles cerrados, no pueden evidentemente presentar una civilización compleja como la de los habitantes de la llanura inferior. Han de atenerse á una industria rudimentaria, al cultivo de su pequeño hoyo de tierras arables, al cuidado de sus rebaños, á la caza de los animales rupestres.

Según una leyenda que muchos historiadores adoptaron sin reflexión, obedeciendo á la rutina del lenguaje, las gentes de la llanura habrían descendido de la montaña, siguiendo el curso de los ríos; pero el movi-

<sup>1</sup> Gustave Droz, *Autour d'une source*.

miento de emigración se hace en sentido inverso. Los habitantes de los altos circos montañosos son indudablemente gentes de la llanura que se vieron obligadas á dirigirse á las alturas, huyendo de los enemigos ó del hambre, buscando retiro seguro ó terrenos vírgenes. Los valles superiores de los montes son excelentes lugares de refugio; á ellos acudieron de las regiones más opuestas restos étnicos pertenecientes á las más diversas razas acomodadas primitivamente á los medios más distintos.

Entre tantas y tan distintas gentes acantonadas en los valles cerrados de las montañas, ninguna podría ser considerada como típica, puesto que esas huidas, esos éxodos, han tenido lugar en diversos períodos de la historia, con acompañamiento de vicisitudes diversas; pero, aunque sean diferentes por su origen y costumbres los habitantes de los altos valles, se parecen por ciertas condiciones del medio, y, por consiguiente, presentan muchos rasgos comunes. En primer lugar, la rarefacción del aire les impone fenómenos de respiración análogos: en efecto, el hombre que vive á 2,000 ó 3,000 metros sobre el mar no recibe en una misma aspiración la misma cantidad de oxígeno que en las regiones bajas, y esta insuficiencia de gas vivificante le expone, durante el ascenso, á ese «mal de las montañas», que proviene de la no eliminación de los principios tóxicos que quedan en el organismo.

A consecuencia de la «anemia barométrica»<sup>1</sup>, los visitantes de las altas mesetas están expuestos á enfermedades particulares, diferentes de las que se desarrollan en las bajas llanuras. Pero, el ser humano puede aclimatarse, merced á una modificación fisiológica: los glóbulos rojos, de los que se cuentan unos cinco millones por milímetro cúbico de sangre, en los hombres que viven en los campos del litoral marino, se elevan á ocho millones y más en los que residen á 4,000 metros de altura. No solamente la sucesión de las familias, sino el individuo mismo puede acomodarse muy rápidamente, por el aumento de los glóbulos sanguíneos, á la existencia en el aire rarificado de las alturas<sup>2</sup>. El resultado de esos cambios ha permitido á los montañeses distinguirse

<sup>1</sup> Tyndall, Bert, Jourdanet, *Du Mexique au point de vue de son influence sur la vie de l'Homme*.

<sup>2</sup> Freshfield, Whymper, Tyndall;—Viault, *Société de Géographie commerciale de Bordeaux*. Sesión del 4 de marzo de 1895.



uniformemente de las gentes de la llanura por las dimensiones de la caja torácica. Los Quichúas y los Aymaras, lo mismo que los Tibe-tanos, admiran por la estructura maciza del tronco, al cual se unen miembros que á las gentes de las llanuras les parecen deformes. Hasta los descendientes puros de los españoles que se establecieron hace tres ó cuatro siglos sobre las mesetas de Colombia y de Méjico difieren singularmente de sus hermanos de raza castellana por las dimensiones del busto.

Todos los viajeros que visitamos las montañas durante la bella estación y que nos complacemos en respirar el aroma de las hierbas, en coger las brillantes flores de las laderas, en pasear á orillas de los torrentes, bajo las ramas de los álamos, no solemos tratar de imaginarnos lo que fué la vida de los montañeses primitivos, lo que es la de sus descendientes encerrados en esos altos reductos, tan pintorescos y agradables en verano.

Caminos sinuosos, trazados serpenteando sobre precipios, hasta ferrocarriles atravesando promontorios en galerías bajo las rocas, nos conducen á esos pequeños universos, cerrados en otro tiempo, donde, cansados de la vida, readidos de cuerpo y de espíritu, vamos á restablecer nuestro equilibrio físico, intelectual y moral. Sobre esas alturas todo nos parece bello, pero los naturales saben cuán dura es la existencia en esos estrechos dominios. Lo mismo que en las regiones polares, hay valle de los Alpes privado de sol durante una parte del año, y la claridad de invierno no da un rayo directo, una luz franca: no se nota sino una disminución de la obscuridad nocturna. A lo lejos, detrás de las altas crestas, se extiende el reflejo del astro amado, y al medio día las gentes del valle siguen con mirada ansiosa el resplandor de aurora que allá arriba toca el perfil de la montaña, después se debilita y se extingue poco á poco, dejando una triste penumbra sobre las formas cadavéricas de los bajos fondos. En los altos valles de los montes, lo mismo que en los archipiélagos del océano Glacial, «la obscuridad es más difícil de soportar que el frío».

¡Qué alegría para esas gentes de la sombra cuando el astro, en la primavera, muestra su limbo superior, después su disco entero, apareciendo como un dios, y seguramente adorado como tal! En el Valle

Godemar, los habitantes de la villa de los Andrieux se reunían en otro tiempo al fin del verano en el puente de su torrente, y después, pasados los 102 días de desaparición, — desde el 1.º de noviembre al 10 de febrero, — cuando el sol mostraba nuevamente su disco de oro, le ofrecían una tortilla redonda, como para imitar, lo mejor posible, por aquella grosera imagen, la forma y el color de la divinidad y hacérsela así favorable para todos los pobres productos de su infecundo suelo<sup>1</sup>.

A la falta de luz, corresponde la falta de salubridad: el hombre se desarrolla mal al pie de las pendientes siempre sombrías y húmedas; sus articulaciones se entumescen, se vuelve raquítrico y frecuentemente se le desarrollan paperas, puede descender hasta el cretinismo. Los países de montañas son siempre los que cuentan mayor número de achacosos de toda especie: escrofulosos, cojos, ciegos y sordos. Hay villa en los Alpes que tenía antes, y con justicia, el nombre de «Villard-Goîtreux»; los perros, hasta las gallinas, andan pesadamente, arrastrándose. El estado higiénico de la población ha cambiado completamente durante la segunda mitad del siglo XIX, porque la instrucción, con sus consecuencias prácticas, ha penetrado ampliamente en el valle, quizá las industrias químicas han contribuido algo á modificar la constitución del aire<sup>2</sup>.

El Himalaya, los Pirineos, el Cáucaso, los Andes americanos tienen también sus poblaciones de enfermizos: la mayoría de los habitantes tienen bocio ó papera, en el largo valle colombiano del Cauca. Y no son solamente las desgraciadas poblaciones de los altos valles cerrados las que padecen por la prolongada ausencia del sol: las gentes de las poblaciones situadas fuera de la montaña, que viven asimismo á la sombra de sus muros, sufren también por la misma causa. La disminución de la luz y del calor solares trae forzosamente consigo una limitación proporcional en la amplitud de las ideas y en la libertad de espíritu.

A las ya terribles condiciones del medio, se junta, en los altos valles de las montañas, la claustración impuesta por las nieves del invierno. Los cautivos de esas regiones se encuentran entonces en pleno país polar: las nieves se amontonan en los fondos, se arremolinan sobre las alturas y se acumulan al borde de los precipicios, amenazando descender en violentas avalanchas y aplastar los grupos de cabañas ocultas en las hondo-

<sup>1</sup> Ladoucette, *Histoire... des Hautes-Alpes*.

<sup>2</sup> Louis Cuisinier, *Notes manuscrites*.



nadas. Para no morir aplastados, hay que refugiarse en cuevas, naturales ó artificiales, y por medio de galerías, bajo las nieves, mantener la libre comunicación del aire con el exterior. Los víveres acumulados durante el buen tiempo, rara vez son suficientes á las familias trogloditas, que no tienen, como las marmotas, el recurso de dormirse alimentadas por su exceso de grasa; ordinariamente, los hombres adultos abandonan en su infecta soledad á los ancianos, las mujeres y los niños, y descienden hacia la llanura para ver si en ella logran medios de existencia, al mismo tiempo buscan aventura, porque el montañés encerrado siente la necesidad de ensanchar su prisión: de lo alto de los promontorios que rodean su valle, ve el mundo á sus pies, ve abrirse ante sí el infinito, y descendiendo, camina siempre más allá, impulsado por la alegría del espacio.

Son los suizos, de todos los habitantes de Europa, los que se encuentran, no en mayor número, sino más metódicamente distribuidos en todas las partes de la Tierra, debido á que la expansión gradual de las industrias, viajando en todas las comarcas hacia las cuales irradian sus ríos, el Rhin, el Ródano, el Tessino y el Danubio les enseña el arte de distribuirse los campos de explotación: en ninguna parte ha sido mejor comprendida la ciencia de la expatriación.

La emigración parcial de los montañeses, durante la estación de los fríos, ha debido producirse en todos los tiempos hasta regularizarse con un ritmo perfecto; los habitantes de las llanuras inferiores, así visitados periódicamente, se han acostumbrado á esos pasajes de extranjeros, de la misma manera que al vuelo de las aves de paso. Los acogían con benevolencia, puesto que les traían los productos de la tierra natal, cosas útiles ó bellas, como cristales, plantas preciosas, animales raros, y les ofrecían también su trabajo temporal á cambio de pan. La necesidad les había ingeniado á crearse oficios especiales; sabían hacerse indispensables, y, merced á sus servicios, pasar de población en población sin ser molestados. Recientemente aún, antes que la inmigración europea y la construcción de los ferrocarriles hubiesen cambiado toda la economía social de la América del Sur, la tribu boliviana de los Collahuayas, que forma parte de la nación de los Apolistas, en las montañas de Apolobamba, enviaba todos sus adultos á las comarcas de las inmediaciones hasta Lima, Valparaíso, Buenos Aires y hasta el mismo Río Janeiro para vender drogas simples, piedras imantadas y remedios. Los más hábiles, que

se les reconocía por su gran crucifijo, gozaban de gran reputación como médicos. Tras años de vida errante, esos *indios del Perú* volvían á su país, llevando orgullosamente su saco de dinero, á veces acompañados de una caravana de mulas cargadas; entonces reconocían los hijos nacidos durante su ausencia y adiestraban á los jóvenes para continuar su vida de amoladores<sup>1</sup>.

Ignorantes de los odios locales, los mercaderes de la montaña, que recorrían países en plena guerra, no tomaban partido por unos ni por otros; mas considerando buena toda industria, llegaban hasta venderse temporalmente para guerrear. Tales eran los suizos de la Edad Media, *quei villan' bruti*, de quien habla Ariosto: matar y saquear, había llegado á ser su función social.

Alábase el valor de los montañeses, otra consecuencia del medio que habitan y de su género de vida. Habiendo quedado libres y hermanos en su estrecho dominio, merced al muro de defensa que les protege, esas gentes de los altos lugares pueden imaginarse, por una ilusión



ATALAYA: VILLA DE TROGLODITAS  
(GRAN CANARIA)

De una fotografía (*Sociedad de Geografía*)

natural al hombre, que los privilegios del medio son debidos á su propia virtud, y tienen en escasa estimación á la multitud esclavizada que pulula debajo de ellos en la llanura. Cada uno de sus valles constituye una pequeña república, frecuentemente aliada en federación con los valles de las inmediaciones, formando así un mundo inatacable tanto tiempo como dure la unión contra los enemigos de abajo.

<sup>1</sup> Lina Beck-Bernard, Hugo Reck, Bollart, etc.